

Fuerzas de guerra y movilización armada en la guerra entre unitarios y federales: Salta, 1828-1831

Warfare and Armed Mobilization in the Unitarian–Federalist Civil War: Salta, 1828–1831

Paul Richart Barboza

*Instituto de Investigaciones en Ciencias Sociales y Humanidades,
CONICET, Universidad Nacional de Salta*
richartbarboza89@gmail.com

Resumen: Este artículo examina la movilización y el papel de la División Auxiliar de Salta en la campaña de 1829, que tenía como objetivo combatir en Catamarca, La Rioja y Córdoba durante la guerra entre unitarios y federales (1828-1831) en la actual Argentina. Esta fuerza, integrada por más de mil combatientes, fue organizada para unirse al ejército unitario liderado por el general José María Paz en su enfrentamiento contra las tropas federales del general Facundo Quiroga. La movilización de esta división representó para el Estado provincial un esfuerzo considerable, no solo en términos económicos, sino también en un contexto en que se intentaba restaurar el orden político y social mediante la desmovilización de las milicias activas desde la guerra de la Independencia argentina.

Por ello, resulta relevante analizar esta campaña para comprender el desafío que enfrentaba el frágil Estado salteño al intentar movilizar y disciplinar a sus fuerzas en un marco político de alta conflictividad, protagonizado por milicias que, tras su participación en la independencia, habían consolidado derechos y beneficios. Ante la casi inexistente presencia de fuerzas de línea, fueron estas milicias —que continuaron reproduciendo estructuras del Antiguo Régimen basadas en principios tradicionales y corporativos, de carácter atomizado y

localistas— las que asumieron un papel preponderante como fuerzas de guerra de la provincia. Alrededor de ellas se estructuraron las unidades movilizadas para un conflicto fuera del territorio provincial. En este trabajo buscamos responder a los siguientes interrogantes: ¿Cómo se logró movilizar a tropas mayormente milicianas para una guerra que se libraría afuera de la provincia? ¿El Estado provincial estuvo a la altura de sostener económicamente la campaña militar? ¿Se logró alcanzar la disciplina durante la campaña? ¿Cómo respondieron los combatientes en este escenario de guerra? ¿Qué implicancias tuvieron estos factores para los proyectos políticos en disputa?

Para abordar estas cuestiones, el estudio analiza la estructura organizativa de la división, los métodos de reclutamiento, el armamento y los recursos destinados a pagos y provisiones. También se exploran la experiencia de los soldados y oficiales dentro de esta unidad militar y las manifestaciones de resistencia, como desertiones, motines y levantamientos. Finalmente, se examina cómo estos eventos afectaron la política provincial, en la disputa entre la facción unitaria y la federal.

Palabras clave: unitarios; federales; guerra; Salta.

Abstract: This article examines the mobilization and role of the Auxiliary Division of Salta in the 1829 campaign. This military force was deployed in Catamarca, La Rioja, and Córdoba during the Unitarian–Federalist Civil War (1828–1831) in what is now Argentina. Composed of more than one thousand combatants, it was assembled to join the Unitarian army led by General José María Paz in the confrontation with the Federalist troops commanded by General Facundo Quiroga. For the provincial state, mobilizing this division represented a considerable effort not only in economic terms but also in a political context marked by attempts to restore order through the demobilization of militias active since the War of Independence (1810–1818).

This study explores the challenges faced by the fragile Salta state in mobilizing and disciplining forces who were composed mainly of militiamen. Militias were leading actors thanks to the various rights and privileges they had consolidated after their participation in the War of Independence, and given the virtual absence of regular troops, they reproduced corporative principles and traditional and local structures inherited from the *ancien régime*. Thus, the Salta state organized the units mobilized for a conflict beyond provincial borders around these militias.

The article seeks to answer how the troops of predominantly militia-based forces were mobilized for a campaign outside the province, whether the provincial state was able to sustain the war effort economically, whether discipline was maintained during the campaign, how combatants responded under these circumstances, and what implications these factors had for the competing political projects. To address these questions, the article analyzes the division's organizational structure, recruitment methods, weaponry, and the resources allocated to pay and supplies. Then it explores the experiences of soldiers and officers, and manifestations of resistance such as desertions, mutinies, and uprisings. Finally, it examines the impact of these events on provincial politics and the confrontation between the Unitarian and Federalist factions.

Keywords: Unitarians; Federalists; war; Salta.

Para citar este artículo: Paul Richart BARBOZA: “Fuerzas de guerra y movilización armada en la guerra entre unitarios y federales: Salta, 1828-1831”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 14, N° 28 (2025), pp. 153-183.

Recibido 05/11/2024

Aceptado 04/05/2025

Fuerzas de guerra y movilización armada en la guerra entre unitarios y federales: Salta, 1828-1831

Paul Richart Barboza

*Instituto de Investigaciones en Ciencias Sociales y Humanidades, CONICET,
Universidad Nacional de Salta
richartbarboza89@gmail.com*

Introducción

Entre mayo y junio de 1829, más de mil hombres se movilaron desde Salta hacia Catamarca con el objetivo de fortalecer la presencia unitaria en esa provincia y avanzar hacia Córdoba para unirse al ejército unitario. Estas fuerzas debían enfrentarse a los contingentes federales que se estaban reforzando en Los Llanos de La Rioja. Esta acción no solo consolidó a Salta como un bastión del unitarismo en el Norte, sino que también la obligó a afrontar el desafío de proveerse de los recursos necesarios para sostener la guerra y mantener el orden interno, en medio de la conflictividad política y social heredada de la guerra de Independencia. Este artículo pretende examinar esta movilización en el contexto de ese doble desafío que enfrentó la dirigencia salteña: reorganizar sus fuerzas militares sin provocar una rebelión interna y movilizar tropas armadas fuera de la provincia, manteniendo al mismo tiempo un control centralizado sobre ellas.

Nuestro análisis se sostiene en los aportes de la historiografía reciente sobre la guerra, que ha abordado diversas problemáticas en relación con ella en el siglo XIX, especialmente sobre las estructuras, el uso y el control de las fuerzas de guerra, así como la participación de la población en ellas. Estos estudios destacan el papel de los conflictos armados en la formación de los nuevos Estados republicanos y su impacto en las distintas dimensiones de la sociedad.¹

¹ Eduardo José Míguez, «Guerra y orden social en los orígenes de la nación argentina, 1810-1880», *Anuario IEHS: Instituto de Estudios Histórico-Sociales* 18 (2003): 17-38; Manuel Chust y Juan Marchena, coords., *Las armas de la Nación: Independencia y ciudadanía en Hispanoamérica (1750-1850)* (Iberoamericana Vervuert, 2008); Juan C. Garavaglia et al., eds., *Las fuerzas de guerra en la construcción del Estado: América Latina* (Prohistoria, 2012); y Alejandro Rabinovich, *La société guerrière: Pratiques, discours et valeurs militaires au Río de la Plata, 1806-1852* (Presses Universitaires de Rennes, 2013).

Durante el proceso de configuración de los Estados provinciales en el espacio rioplatense,² y a lo largo de gran parte del siglo XIX, el escenario estuvo marcado por una continuidad de guerras.³ Miguel Ángel Centeno, en su estudio sobre la conformación de los Estados latinoamericanos, argumenta que las guerras contribuyeron a consolidar los Estados sólo en lugares con una organización política previa; en otros casos, obstaculizaron la consolidación estatal.⁴ Estos enfrentamientos armados no sólo fueron una fuente continua de gastos para las provincias, sino que también acentuaron la fragmentación política.

Frente a este panorama, los Gobiernos utilizaron a las milicias como defensoras naturales del orden político.⁵ Sin embargo, estas fuerzas continuaron reproduciendo estructuras del Antiguo Régimen basadas en principios tradicionales y corporativos.⁶ Esta naturaleza atomizada dificultó su control y representó un desafío para los Gobiernos que intentaban disciplinarlas. En este escenario de militarización, los protagonistas, tanto de las fuerzas de línea como de las milicias, alcanzaron niveles significativos de politización.⁷ Las estructuras de las fuerzas de guerra se convirtieron en canales de expresión y demandas políticas, sociales y económicas.⁸

² Tras la finalización de las guerras de independencia en el espacio rioplatense se consolidaron unidades políticas soberanas a las que la historiografía denominó «Estados provinciales». Las mismas se sustentaron en nuevos órdenes institucionales que, en teoría, establecían un régimen de separación de poderes con derechos y garantías. Si bien las constituciones provinciales planteaban una división de poderes, sostenidas en el control del ejecutivo por el legislativo, la mayoría de los gobernadores ejercieron facultades extraordinarias que ampliaban notablemente su margen de poder. Véase José Carlos Chiaramonte, *Ciudades, provincias, estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)* (1997; rep. Emecé, 2007); Noemí Goldman y Ricardo Salvatore, *Caudillismos rioplatenses: Nuevas miradas a un viejo problema* (Eudeba, 1998); Marcela Ternavasio, *Historia de la Argentina, 1806-1852* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2009); y Alejandro Agüero, «Republicanismo, Antigua Constitución o gobernanza doméstica: El gobierno paternal durante la Santa Confederación Argentina (1830-1852)», *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*, 5 de octubre de 2018, <http://journals.openedition.org/nuevo-mundo/72795>.

³ Míguez, «Guerra y orden social».

⁴ Miguel Ángel Centeno, *Blood and debt: War and the nation-state in Latin America* (Pennsylvania University Press, 2002).

⁵ Flavia Macías, *Armas y política en la Argentina: Tucumán, siglo XIX* (Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2014).

⁶ Chust y Marchena, *Las armas de la Nación*.

⁷ Tulio Halperin Donghi, *Revolución y guerra: Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla* (Buenos Aires: Siglo XXI, 1972).

⁸ Algunos estudios al respecto: Marisa Davio, *Morir por la Patria: Participación y militarización de los sectores populares en Tucumán, 1812-1854* (Prohistoria, 2018); Ariel de la Fuente, *Los hijos de Facundo: Caudillos y montoneros en la provincia de La Rioja durante el proceso de formación del Estado nacional argentino (1853-1870)* (Prometeo, 2007); Gabriel di Meglio, *¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires entre la Revolución y el rosismo, 1810-1829* (Prometeo, 2006); Raúl Fradkin, *La historia de una montonera: Bandolerismo y caudillismo en Buenos Aires, 1826* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2006); Raúl Fradkin, «¿Y el pueblo dónde está? La dificultosa tarea de construir una historia popular de la revolución rioplatense», en *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata*, ed. Raúl Fradkin (Prometeo, 2008), 9-26; Raúl Fradkin, «La conspiración de los sargentos: Tensiones políticas y sociales en la frontera de Buenos Aires y Santa Fe en 1816», en *Entre la Colonia y la República: Insurgencias, rebeliones y cultura política en América del Sur*, comp. Beatriz Bragoni y Sara Mata (Prometeo, 2009), 169-192; Macías,

Para el caso salteño, es necesario tomar como punto de partida las implicancias sociales y políticas de la guerra de Independencia. La provincia de Salta, situada en el norte de la actual Argentina, abarcaba en esa época parte de los territorios que hoy corresponden a las provincias de Salta y Jujuy. Durante este conflicto, la región se consolidó como un punto estratégico clave al ser un paso obligado tanto para el ejército revolucionario de Buenos Aires, en su avance hacia el Alto Perú, como para el ejército realista del Virreinato del Perú, en su intento por sofocar la revolución porteña. Esta función convirtió a la zona en un territorio de vanguardia, donde la movilización revolucionaria tuvo un impacto y una intensidad profundamente significativos.

Las investigaciones de Sara Mata dedican especial atención a la relación entre las movilizaciones milicianas y la problemática del acceso a la tierra.⁹ La autora observa que en estas primeras décadas surgieron liderazgos que canalizaron las movilizaciones dirigidas por distintos jefes locales de diversos orígenes sociales; entre ellos, destacó el gobernador Martín Miguel de Güemes,¹⁰ quien tuvo que negociar con estos líderes para mantener su autoridad durante la guerra.¹¹ En este contexto, las fuerzas milicianas tuvieron la capacidad de canalizar la obtención de nuevos derechos y demandas políticas y materiales. Entre estas, se incluyen la exención del pago de arriendos, la negativa a prestar servicios a los propietarios o el derecho de los esclavos a alcanzar la libertad. Todo esto se complementaba con el beneficio del fuero militar.¹²

La muerte de Güemes y la finalización de la guerra desestabilizaron la centralización previamente lograda, lo que debilitó la autoridad construida y permitió una mayor autonomía de las milicias provinciales. Los Gobiernos salteños en la etapa independiente enfrentaron serias dificultades para recuperar un control efectivo sobre estas fuerzas. Esta inestabilidad se hizo evidente en diversos levantamientos armados que culminaron con destituciones de gobernadores entre 1821 y 1834,¹³ a pesar de la

Armas y política en la Argentina; Sara Mata, *Los gauchos de Güemes: Guerras de Independencia y conflicto social* (Sudamericana, 2008); Sara Mata, «Milicias y montonera: Salta en las primeras décadas del siglo XIX», en *Hacer política: La participación popular en el siglo XIX rioplatense*, comp. Raúl Fradkin y Gabriel di Meglio (Prometeo, 2013), 71-92; Sara Mata, «Liderazgos militares y estrategias de poder: Salta 1814-1821», *Anuario del Instituto de Historia Argentina* 20, n.º 2 (2020): e121, doi: [10.24215/2314257Xe121](https://doi.org/10.24215/2314257Xe121); Alejandro Morea, *El ejército de la Revolución: Una historia del Ejército Auxiliar del Perú durante las guerras de independencia* (Prohistoria, 2021).

⁹ Mata, «Milicias y montonera».

¹⁰ Martín Miguel de Güemes (1785-1821) fue una figura clave en las guerras de Independencia. Participó en la defensa de Buenos Aires durante las invasiones inglesas y, tras la Revolución de Mayo, se incorporó a las campañas independentistas. Desde 1815 ejerció como gobernador de Salta, organizando a los escuadrones gauchos en la llamada «guerra de guerrillas» que logró frenar el avance realista desde el Alto Perú. Falleció el 17 de junio de 1821, tras ser herido por una partida realista.

¹¹ Mata, «Liderazgos militares y estrategias de poder».

¹² Mata, «Milicias y montonera».

¹³ Sara Mata, «La herencia de la guerra: Salta (Argentina) 1821-1831», *Nuevo Mundo, Mundos Nuevos*, 11 de julio de 2012, doi: [10.4000/nuevomundo.63221](https://doi.org/10.4000/nuevomundo.63221).

implementación de medidas de disciplinamiento y reorganización de las milicias para afrontar los problemas del fuero militar y el pago de arriendo.¹⁴

En este contexto, a fines de 1824, el Congreso de las Provincias Unidas del Río de la Plata comenzó sus sesiones con debates sobre el tratado con Gran Bretaña, la situación en la Banda Oriental y Brasil y, sobre todo, por la redacción de una Constitución. En el marco de la convención surgieron las divisiones entre unitarios y federales: los primeros buscaban una forma de gobierno de unidad y centralizado; los segundos, organizar una forma de gobierno que respetara las soberanías de las provincias.¹⁵

Entre 1825 y 1826 comenzaron los primeros enfrentamientos armados entre las provincias, que fueron consolidando posturas opuestas al unitarismo impulsado por el Congreso. Juan Bautista Bustos¹⁶ asumió la gobernación de Córdoba mediante una movilización militar. En Catamarca, el coronel José Manuel Figueroa Cáceres, apoyado por Facundo Quiroga,¹⁷ Bustos y Felipe Ibarra,¹⁸ derrocó al gobernador Manuel Gutiérrez, quien luego recuperó el poder con ayuda de Gregorio Aráoz de Lamadrid¹⁹ y ejecutó a Cáceres. Sin embargo, las fuerzas riojanas derrotaron a Gutiérrez y Lamadrid, avanzaron hasta San Juan y establecieron al coronel Manuel Quiroga Carril como gobernador. Esto consolidó una alianza entre San Juan, La Rioja, Córdoba y Santiago del Estero, todas opositoras al unitarismo, con Quiroga emergiendo como figura clave en el escenario político del Norte.²⁰

¹⁴ Con el Reglamento Provisional de 1821, el gobernador fue nombrado comandante en jefe de las fuerzas provinciales, aunque con la limitación de requerir aprobación de la Junta Legislativa para el reclutamiento. Carpeta [carp.] 338, Actas Capitulares, Archivo y Biblioteca Histórica de Salta [ABHS]. En 1824, el Reglamento de Milicias buscó reducir el número de milicianos y restringir las prerrogativas del fuero militar. Véase Mata, «Milicias y montonera»; y Gustavo Paz, «Reordenando la campaña: La restauración del orden en Salta y Jujuy, 1822-1825», en *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de La Plata*, ed. Raúl Fradkin (Prometeo, 2008), 209-222.

¹⁵ Ternavasio, *Historia de la Argentina*.

¹⁶ Juan Bautista Bustos (1779-1830) fue un líder federal que tuvo una destacada actuación durante las invasiones inglesas y en el Ejército Auxiliar del Perú durante las guerras de Independencia. En 1820 fue designado gobernador de Córdoba, cargo que ocupó hasta 1829, cuando fue derrocado por José María Paz.

¹⁷ Facundo Quiroga (1788-1835) fue uno de los principales líderes militares del federalismo. Participó en las campañas de Independencia integrando las milicias riojanas. En 1824 apoyó al Congreso reunido en Buenos Aires, pero al año siguiente se opuso al proyecto unitario de Bernardino Rivadavia. En 1826 y 1827 extendió su poder en el norte del Río de la Plata. Tras las derrotas en La Tablada (1829) y Oncativo (1830) retomó la ofensiva y obtuvo la victoria en la batalla de La Ciudadela (1831), que marcó el fin del conflicto armado. En 1835, tras ser enviado por el Gobierno de Buenos Aires como mediador entre Salta y Tucumán, fue asesinado en Barranca Yaco.

¹⁸ Felipe Ibarra (1790-1851) participó en las guerras de Independencia y en 1820 encabezó el movimiento que logró la autonomía de su provincia respecto de Tucumán. Fue designado gobernador, cargo que ejerció en varios períodos entre 1820 y 1851. Se alineó con el federalismo y mantuvo estrechos vínculos con otros líderes del interior como Facundo Quiroga y Juan Manuel de Rosas.

¹⁹ Gregorio Aráoz de Lamadrid (1795-1857) fue un militar y político tucumano. Inició su carrera en el Ejército Auxiliar del Perú. Tras la independencia, se alineó con el grupo unitario y participó en numerosas campañas contra los federales. Fue gobernador de Tucumán y brevemente de Córdoba.

²⁰ Para un abordaje general del tema, véase Alejandro Rabinovich, «Las guerras civiles rioplatenses: Violencia armada y configuraciones identitarias (1814-1852)», en *Guerras de la historia argentina*, comp. Federico Lorenz (Buenos Aires, Ariel, 2015), 137-158.

Al mismo tiempo, la guerra contra Brasil (1825-1828) acentuó los conflictos internos debido al impacto económico del bloqueo comercial y la resistencia de las provincias federales a contribuir al esfuerzo bélico impulsado por el Congreso. La renuncia de Bernardino Rivadavia a la presidencia, y la disolución del Congreso en 1827, fortalecieron los proyectos de defensa de las autonomías provinciales.²¹

Tras la finalización de la guerra contra Brasil en 1828, unidades militares lideradas por los generales Juan Lavalle²² y José María Paz²³ regresaron con el objetivo de enfrentar al federalismo, lo que inició la guerra en todo el espacio rioplatense. Lavalle destituyó y ejecutó al gobernador de Buenos Aires, Manuel Dorrego,²⁴ pero fue derrotado por las fuerzas de Juan Manuel de Rosas,²⁵ quien asumió la gobernación de la provincia a fines de 1829. Mientras tanto, en el interior, Paz consolidó el poder de las tropas unitarias al destituir a Juan Bautista Bustos en Córdoba y vencer a Facundo Quiroga.

Esto dio lugar a la formación de bloques militares: la Liga del Interior y la Liga Federal. La Liga del Interior, liderada por José María Paz, estaba compuesta por provincias como Córdoba, Tucumán y Salta; buscaba imponer un control militar sobre las provincias del norte y de Cuyo y convocar a un congreso para dictar una Constitución. La Liga Federal, integrada por Buenos Aires, Santa Fe, Corrientes y posteriormente Entre Ríos, unió fuerzas bajo el liderazgo de Rosas para combatir a Paz. Ambas ligas enfrentaron tensiones internas y resistencias locales, lo que complicó sus objetivos estratégicos. Aunque inicialmente el conflicto entre unitarios y federales se había centrado en cuestiones constitucionales, para entonces predominaban los alineamientos políticos y las disputas personales.²⁶

²¹ Gabriel di Meglio, «Guerra de ladrones: La Argentina contra Brasil (1825-1828)», en *Guerras de la historia argentina*, comp. Federico Lorenz (Buenos Aires, Ariel, 2015), 159-182.

²² Juan Lavalle (1797-1841) se destacó en el Ejército de los Andes y en la campaña al Alto Perú. También participó en la guerra contra Brasil. En 1828 lideró un golpe de Estado en Buenos Aires que derrocó y ejecutó al gobernador federal Manuel Dorrego. Se alineó con el unitarismo y encabezó la oposición a Juan Manuel de Rosas.

²³ José María Paz (1791-1854) integró el Ejército Auxiliar del Perú, participando activamente en las guerras por la Independencia. Más tarde tuvo un papel relevante en la campaña contra el Imperio del Brasil. Finalizado ese conflicto, se alineó con el bando unitario junto al general Juan Lavalle y asumió un papel de liderazgo militar en la Liga del Interior. En ese marco, condujo con éxito las fuerzas unitarias frente a los federales y obtuvo victorias clave en las batallas de La Tablada (1829) y Oncativo (1830). Fue designado gobernador de Córdoba en 1830, cargo que ocupó hasta 1831, cuando fue capturado y hecho prisionero.

²⁴ Manuel Dorrego (1787-1828) fue uno de los principales dirigentes federales. Participó en el Ejército Auxiliar del Perú en las guerras de Independencia, fue diputado en el Congreso de Tucumán y opositor al unitarismo. En 1820 y nuevamente en 1827 fue designado gobernador de Buenos Aires. En diciembre de 1828 fue derrocado y fusilado por orden de Juan Lavalle.

²⁵ Juan Manuel de Rosas (1793-1877) fue un militar, estanciero y político bonaerense, figura central del federalismo en el siglo XIX. Fue gobernador de Buenos Aires en 1829-1832 y 1835-1852. Durante su segundo gobierno ejerció el poder con facultades extraordinarias, concentrando también el manejo de las relaciones exteriores de la Confederación. Fue derrotado en la batalla de Caseros por Justo José de Urquiza y se exilió en Inglaterra, donde falleció en 1877.

²⁶ Ternavasio, *Historia de la Argentina*.

En este nuevo contexto de guerra y con la organización de una división unitaria, surge el interrogante de cómo esta situación impactaría en el orden político y social de la provincia salteña. El estudio de las fuerzas de guerra en esta campaña permite analizar cómo se movilizó a tropas mayoritariamente milicianas para un conflicto fuera de la provincia, evaluar el nivel de disciplina alcanzado y examinar la respuesta de los combatientes en este escenario bélico. Además, se realiza una exploración preliminar de las implicancias de estos factores en los conflictos políticos entre federales y unitarios. Para abordar este análisis, se utilizan fuentes primarias como reglamentos militares, partes oficiales, estados de fuerza y listas de revista, todas disponibles en el Archivo y Biblioteca Histórica de Salta (ABHS).

El artículo se organiza en cinco apartados principales. En el primero, se analiza la estructura y organización de la División Auxiliar salteña, con especial énfasis en el presupuesto inicial asignado por el Estado provincial, la cantidad de hombres movilizados —distinguiendo entre la tropa y la oficialidad— y los escuadrones que la conformaban. En el segundo apartado, se examina la composición social de los combatientes y las formas de reclutamiento empleadas. El tercer apartado se centra en los recursos proporcionados por el Gobierno y las dificultades derivadas de la insuficiencia de estos, como armamento, vestuario, alimentos y caballos. Finalmente, en los dos últimos apartados, se abordan las respuestas de los combatientes frente a la campaña militar, como las deserciones, motines, revueltas y rebeliones.



Mapa 1: La Liga Unitaria y el Pacto Federal, 1830

Fuente: <https://www.educ.ar/recursos/125215/mapas-de-la-argentina-de-temas-historicos>

La formación de la División Auxiliar de Salta

Durante la década de 1820, el Estado provincial de Salta, bajo los gobiernos de Juan Antonio Álvarez de Arenales (1824-1827) y los hermanos Gorriti (1822-1824 y 1827-1831),²⁷ consolidó una postura política favorable al unitarismo, participando activamente en el Congreso de 1824, con apoyo militar en el conflicto con el Brasil y respaldando la Constitución de 1826. Se explica esta alineación tanto por afinidades ideológicas como por necesidades estratégicas, caso de la búsqueda de respaldo institucional frente a la debilidad estructural del Gobierno provincial. La incapacidad para consolidar un control político y fiscal unificado sobre su territorio, sumada a la presión externa de Bolivia y los persistentes reclamos sobre la deuda pública, acentuaron la dependencia salteña de un poder central fuerte. En cambio, la facción federal fortaleció su posición a través de las milicias de La Frontera (al sur de la provincia) que, aunque carecían de recursos para imponerse al unitarismo a nivel provincial, lograron equilibrar la contienda política mediante alianzas interprovinciales con otros líderes federales.²⁸ Sin embargo, ir a la guerra representaba un desafío para la economía de la provincia, dado el impacto que tendría en sus finanzas. En ese momento, el comercio salteño apenas comenzaba a reanudar sus conexiones comerciales con las regiones andinas tras la Revolución, aunque con una menor intensidad.²⁹

A mediados de 1829 se formó la División Auxiliar de Salta, comandada por el general José Ignacio Gorriti. Tenía como objetivo asegurar el control del territorio de Catamarca y detener el avance desde La Rioja liderado por Quiroga, mientras se avanzaba hacia Córdoba para reforzar las fuerzas del general Paz. La campaña militar se extendió hasta fines de noviembre, momento en el cual la mayoría de los soldados fueron licenciados. Posteriormente, ante la imposibilidad de sostener económicamente a toda

²⁷ Los hermanos Gorriti, provenientes de una familia de propietarios con propiedades en Jujuy y en la frontera oriental de Salta, desempeñaron un papel destacado en la política provincial durante la década de 1820, aunque con trayectorias y alineamientos divergentes. José Ignacio alcanzó el grado de coronel en las guerras de Independencia y, tras dos levantamientos, accedió al gobierno, desde el que buscó equilibrar las disputas entre facciones. Juan Ignacio, canónigo y figura central en legislatura provincial y el Congreso de 1824, se opuso firmemente al liderazgo de Güemes y asumió la gobernación en 1829. Por su parte, Francisco, jefe miliciano con base de poder en la Frontera del Rosario y partidario de Güemes, lideró en los levantamientos de 1821 y de 1827 contra los gobernadores de esos años. En el conflicto entre unitarios y federales, los dos primeros tomaron partido por la unidad, mientras que Francisco lo hizo por el federalismo. Véase Marcelo Marchionni, *Política y sociedad en Salta y el norte argentino, 1780-1850* (CONICET; ICSOH; Universidad Nacional de Salta, 2019), 485.

²⁸ Marchionni, 485-489.

²⁹ Viviana Conti, «Circuitos mercantiles y medios de pago y estrategias en Salta y Jujuy (1820-1852)», en *La desintegración de la economía colonial: Comercio y moneda en el interior del país colonial (1800-1860)*, ed. María A. Irigoin y Roberto Schmit (Biblos, 2003), 113-134.

la división, se formó un cuerpo de 300 hombres con el fin de integrarse directamente a las líneas unitarias en Córdoba.³⁰

Durante el grueso de la campaña, las fuerzas salteñas permanecieron en Catamarca. Allí experimentaron avances y retrocesos en los límites con las provincias vecinas, particularmente en Los Llanos Riojanos, donde se estableció una zona de avanzada debido a la presencia de fuerzas federales. En esta zona se organizaron unidades conformadas por tropas salteñas, tucumanas y catamarqueñas, las cuales siguieron activas a pesar del licenciamiento ocurrido en noviembre de 1829. De esta forma, como parte del 2.º Regimiento de Lanceros, permanecieron operativas en el norte de Catamarca, donde enfrentaron incursiones federalistas. La persistencia de estas tropas en campaña puede explicarse por la amenaza constante de un posible avance de Quiroga desde Los Llanos Riojanos, lo que mantuvo activa la movilización en zonas fronterizas a pesar de la falta de recursos.³¹

El presupuesto inicial que se estableció fue de 16 583 pesos. Para financiar esta cantidad, la Junta autorizó un empréstito voluntario y forzoso de 20 000 pesos con garantía de pago del Gobierno de Buenos Aires y de la provincia.³² Gran parte del empréstito recayó en el sector de grandes comerciantes.³³

El conteo se realizó mediante la suma de los efectivos presentes en cada listado conservado, combinando los datos disponibles en distintos momentos de la campaña. Este procedimiento incluyó tanto la revisión individual de los nombres como la verificación cruzada con los estados generales de fuerza, los cuales presentan resúmenes mensuales del personal y los recursos organizados por regimiento. Sin embargo, es importante señalar que no se conservan listas de revista completas para todos los meses de la campaña ni para algunos escuadrones cuya presencia está documentada en comunicaciones oficiales. Esto impone límites significativos a la precisión cuantitativa, a lo que se suma que el primer estado de guerra disponible corresponde al momento en que la división ya se encontraba en Catamarca. Si bien contamos con cifras provenientes de conteos concretos y documentados, también recurrimos a datos estimativos extraídos de fuentes menos precisas, utilizadas para suplir las lagunas documentales. Reconocemos así el carácter tentativo de estas reconstrucciones, en especial al calcular tasas de desertión u otras variables derivadas.

³⁰ Comunicación de José Ignacio Gorriti al gobernador de Salta, Tapia, 8 de diciembre de 1829, carp. 4, caja 85, Fondo de Gobierno [FG], ABHS.

³¹ Comunicación de Javier López a Juan Ignacio Gorriti, Tucumán 15 de diciembre de 1829; y Comunicación de Gregorio Paz al gobernador de Tucumán, Copacabana, 15 de diciembre de 1829, diciembre de 1829, carp. 4, caja 85, FG, ABHS.

³² Sobre notas y actas de Elecciones de Diputados a la Provincia, 1828, carp. 3, caja 79, FG, ABHS.

³³ Comunicación del gobernador Juan Ignacio Gorriti al Tribunal Comercial, Salta, 15 de junio de 1829, junio de 1829, carp. 2, caja 83, FG, ABHS.

Tabla 1: Fuerzas de la provincia revistadas en Salta antes de partir a la campaña militar, junio de 1829

Unidades	Jefes y oficiales	Tropas	Total
Cuartel General-Plana Mayor	14	—	14
Escolta del General-Compañía de Caballería	3	7	10
Regimiento de gauchos de Jujuy	16	198	214
1.º Regimiento caballería o piquete de Chicoana y Cerro	13	115	128
Regimiento infantería expedicionaria	8	75	83
1.º Regimiento Lanceros Nacionales de Salta	3	57	60
Escuadrón de Guachipas	9	116	125
Regimiento del Rosario de Cerrillos	3	60	63
Piquete de la Quebrada del Toro	1	31	32
Piquete de Campo Santo	3	33	36
Piquete del departamento de la Caldera	4	51	55
Total	77	743	820

Fuente: Elaboración propia a partir de las listas de revistas entre el 1 y 20 de junio de 1829 en Salta, 1829, cajas 82-85, FG, ABHS

Tabla 2: Fuerzas de la provincia en el campamento de los Sauces (Catamarca), 28 de junio de 1829

Unidades	Jefes y oficiales	Tropas	Total
Cuartel General-Plana Mayor	14	—	14
Piquete de Infantería o Batallón de Infantería	8	78	86
1.º Regimiento de Lanceros Nacionales de Salta	24	308	332
2.º Regimiento de Lanceros Nacionales de Sata	22	244	266
Escolta del Cuartel General	3	50	53
Piquete de la Quebrada del Toro	2	29	31
Total	73	709	782

Fuente: Elaboración propia a partir del «Estado general que manifiesta la fuerza efectiva y disponible que tiene la División con expresión de sus oficiales y tropas, armamento y vestuario», en el Cuartel General en los Sauces, 28 de junio de 1829, junio de 1829, carp. 2, caja 83, FG, ABHS

El número de combatientes proporcionado por el Gobierno salteño refleja un notable compromiso con el proyecto político unitario. Podemos compararlo con algunos números de esa misma época. Durante la guerra contra Brasil en 1825, el Batallón de Cazadores de Salta contaba con 600 individuos.³⁴ Las fuerzas lideradas por el general Paz, que habían desplazado a Bustos, sumaban un total de 900 hombres. En lo que respecta a la batalla de La Tablada en 1829, estas fuerzas habían aumentado en número, aunque aún eran aproximadamente la mitad de las de Quiroga, que ascendían a 5000 hombres.³⁵ Algunos historiadores mencionan que, en la batalla de Oncativo en 1830, la fuerza de Quiroga estaba compuesta aproximadamente por 3000 hombres y su contingente tendría alrededor de 2500.³⁶ Es decir, más de mil hombres era una cantidad significativa, especialmente considerando que la movilización era para actuar fuera de la provincia.

Por otra parte, en la tabla 1 observamos que son unidades que están identificadas dentro de un distrito rural. Estas unidades están compuestas por reclutas que comparten una misma área de residencia, lo que corresponde a fuerzas milicianas locales. Al examinar la tabla 3, que detalla las listas de revista en el campamento Coneta, en Catamarca, se evidencia la existencia de dos regimientos de lanceros nacionales a finales de julio. Estos regimientos sumaban cinco escuadrones con sus respectivas compañías, así como un batallón de granaderos unitarios, que contaba con dos compañías.

Tabla 3: Fuerzas de guerra de la provincia de Salta según los listados de revista del 22 y 24 de julio de 1829 en el campamento Coneta (Catamarca)

Unidades	Jefes y oficiales	Tropas
Cuartel General-Plana Mayor	12	—
Escolta del General en Jefe	3	56
1.º Regimiento de Lanceros Nacionales de Salta	26	231
2.º Regimiento de Lanceros Nacionales de Salta	26	293
Batallón de Granaderos Unitarios	15	163
Total	82	743
Total de las fuerzas efectivas	825	

Fuente: Elaboración propia a partir de las Listas de revistas, 1829, cajas 82-85, FG, ABHS

³⁴ Alejandro Rabinovich, «El fenómeno de la desertión en las guerras de la revolución e independencia del Río de la Plata, 1810-1829», *EIAL: Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe* 22 (2011): 33-56.

³⁵ Ternavasio, *Historia de la Argentina*, 167.

³⁶ Armando Raúl Bazán, *Historia del Noroeste Argentino* (Plus Ultra, 1995), 288.

En un análisis más exhaustivo, con base en los nombres de los oficiales y la tropa a partir de los listados de revistas, es posible deducir la siguiente reestructuración de fuerzas. El 1.º Regimiento de Lanceros Nacionales estuvo compuesto por el regimiento de caballería o piquete de Chicoana, el piquete de la Quebrada del Toro, el escuadrón de Guachipas, el escuadrón o piquete de Rosario de los Cerrillos y la fuerza compuesta por colombianos.³⁷ Por su parte, el 2.º Regimiento de Lanceros Nacionales estuvo formado por los escuadrones de Jujuy, los escuadrones de San Carlos y Cachi, el piquete de Campo Santo y el piquete de La Caldera. En cuanto al Batallón de Granaderos Unitarios, sus efectivos procedían del regimiento de infantería, si bien se le asignaron soldados de otros regimientos, como se evidencia en los registros de revista.

De acuerdo con esto, se llevó a cabo un proceso de reestructuración de las fuerzas, que en su mayoría originalmente tenían una organización de tipo miliciano. Por lo tanto, las fuerzas de guerras intermitentes se convirtieron en permanentes.³⁸ El objetivo de esta reestructuración puede corresponderse a la búsqueda de una mayor profesionalización y centralización que caracterizan a las fuerzas de línea. Además, el acto de renombrar las unidades militares en consonancia con el proyecto político unitario tenía como propósito la construcción de una identidad política compartida entre la tropa y la oficialidad (de manera similar a la utilización sistemática del término «Ejército Nacional» durante la guerra contra Brasil).³⁹ Esta identidad política trascendía la entidad provincial, buscando así fomentar una cohesión más amplia en torno a los ideales y objetivos del proyecto político unitario.

Este elemento es central para entender que se buscaba construir lealtades e identidades a nivel suprarregional, al mismo tiempo que formar fuerzas disciplinadas. Sin embargo, seguían perviviendo formas organizativas que mantenían un enfoque local y fragmentario.⁴⁰ Esto se traducirá en resistencias concretas en las milicias locales para transformarse en unidades de línea, así como para movilizarse por fuera de sus territorios. Estas tensiones que surgían entre la estructura militar y la autonomía local estaban estrechamente relacionadas y contribuían así a una dinámica compleja y contradictoria en el proceso de consolidación del Estado provincial, entendida como el resultado de tensiones no resueltas entre proyectos de centralización y autonomías locales persistentes.

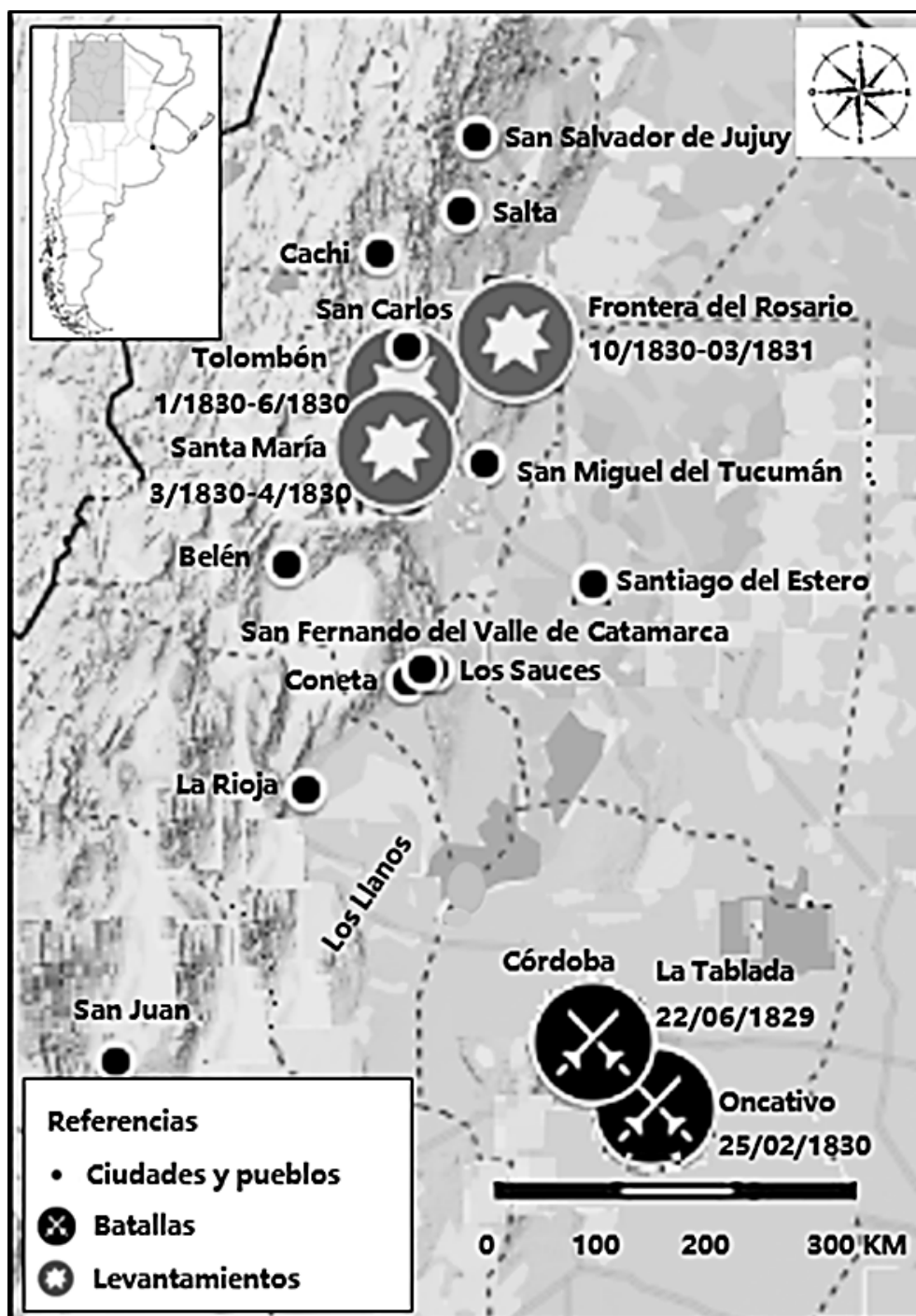
³⁷ Hacemos referencia a las fuerzas colombianas al mando de López Matute, que en 1826 desertaron del ejército de Sucre, y que el gobernador Arenales albergó en la provincia. Véase Mata, «La herencia de la guerra».

³⁸ Sobre los conceptos de «movilización permanente» y «movilización intermitente», véase Alejandro Rabinovich: «La militarización del Río de La Plata, 1810-1820: Elementos cuantitativos y conceptuales para un análisis», *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani* 3, n.º 37 (2012): 17-18.

³⁹ Di Meglio, «Guerra de ladrones».

⁴⁰ Esta idea sobre las tendencias en la forma de hacer la guerra es deudora de los planteos de Raúl Fradkin, «Guerra y sociedad en el litoral rioplatense en la primera mitad del siglo XIX», en *Las fuerzas de guerra en la construcción del Estado: América Latina*, ed. Juan C. Garavaglia et al. (Prohistoria, 2012), 319-356.

Mapa 2: Espacio de actuación de la División Auxiliar de Salta y levantamientos militares, 1829-1830



Fuente: Elaboración propia

Composición social y reclutamiento de la División Auxiliar de Salta

Durante las guerras de la primera mitad del siglo XIX, el reclutamiento militar se realizaba a través de la compulsión, mediante levadas masivas y reclutamiento forzoso, y el alistamiento voluntario, que ofrecía incentivos materiales, recompensas económicas o motivaciones políticas.⁴¹ Estos métodos no eran excluyentes, sino que se combinaban, buscando equilibrar consenso y coacción debido a la falta de un poder político y militar fuerte.

Tal como se evidenció, la estructura de la División Auxiliar de Salta se constituyó principalmente a partir de unidades milicianas de origen local, es decir, integrantes de la población rural. Estos individuos estaban mayormente compuestos por personas vinculadas a actividades rurales, como agregados, arrendatarios, peones y propietarios de pequeñas y medianas extensiones de tierra.⁴² En primer lugar, el reclutamiento se encontraba establecido y delegado en los comandantes departamentales. El Gobierno emitía comunicaciones a cada comandante, solicitándole el número de reclutas que debía proveer para la campaña militar. En los testimonios de éstos se advierte que se encontraron con serias dificultades al tratar de alcanzar las cifras solicitadas. Por ejemplo, Luis Díaz, comandante de Cachi, decía:

[...] siendo este un país que no tiene más ingreso, ni otra cosa de que subsistir que de la labranza, se tuviese esto en consideración p.a [para] disminuir en lo posible el número de la fuerza pedida por ser este el preciso t.po [tiempo] de sembrar y el valle en estas circunstancias no dejara de extrañar la falta de doscientos hombres.⁴³

⁴¹ Ricardo Salvatore, «Reclutamiento militar, disciplina y proletarianización en la era de Rosas», en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani* 3, n.º 5 (1992): 25-47; Juan Carlos Garavaglia, «Ejército y milicia: Los campesinos bonaerenses y el peso de las exigencias militares, 1810-1860», *Anuario IEHS: Instituto de Estudios Histórico-Sociales* 18 (2003): 153-187; Alejandro Rabinovich, *Ser soldado en las guerras de Independencia* (Edhasa, 2013), 29-46; y Davio, *Morir por la Patria*.

⁴² Esta caracterización se basa en los estudios de Sara Mata sobre la estructura social y agraria de Salta en el período tardocolonial y las primeras décadas del siglo XIX, que muestran la presencia dominante de estos sectores en el ámbito rural, del cual se nutrieron las milicias locales. Aunque no contamos con registros detallados de la procedencia de cada combatiente de 1829, la continuidad de la estructura económica y social de la región permite inferir que estos sectores siguieron constituyendo la base principal de los cuerpos milicianos. Esta relación también se evidencia en la disposición gubernamental de no cobrar arriendos a los hombres movilizados, lo que sugiere su procedencia rural y su vínculo con la tierra en calidad de trabajadores o pequeños propietarios. Mata, «Milicias y montonera».

⁴³ Comunicación del comandante Luis Díaz al gobernador Juan Ignacio Gorriti, Cachi, 31 de mayo de 1829, mayo de 1829, carp. 4A, caja 82, FG, ABHS.

De la misma manera, el teniente gobernador de Jujuy informaba que los gauchos se resistían a abandonar a sus familias sin recursos, lo que había llevado a que muchos se escondieran o huyeran.⁴⁴

No se hallaron testimonios de reclutamientos forzados ni de la clasificación de personas como «vagos» o «mal entretenidos». Esto no significa que no se estableciera un reclutamiento forzoso. En cambio, se puede atribuir a la estructura miliciana de la provincia, regida por el Reglamento de Milicias de 1824, que limitaba el reclutamiento a hombres nacidos y residentes en la jurisdicción y prohibía entonces el cambio de residencia sin permiso del comandante. Además, quienes no poseían tierras debían tener una papeleta de conchabo.⁴⁵ Así, el reclutamiento y la formación de unidades de línea pueden haberse cimentado en estructuras milicianas que se basaban en un fuerte control de la movilidad de los individuos en el entorno rural.⁴⁶

Desde el Gobierno se promulgó la suspensión del pago de arriendo por el tiempo que durara la campaña. Asimismo, se dispuso que las tierras previamente cultivadas por aquellos individuos que se unieron a la marcha serían cosechadas por los milicianos que permanecieron en la zona.⁴⁷ Además, el Estado provincial asumió el compromiso de un pago de sueldo regular durante la campaña militar, una parte del cual sería entregado a las familias de los milicianos. En el contexto de la época, se observa que el sueldo de las tropas era relativamente elevado en comparación con otras actividades laborales.⁴⁸ Desde el presupuesto inicial se estableció destinar 7055 pesos para cubrir el pago de un tercio de sueldo de los jefes, los oficiales y la tropa.⁴⁹ Se infiere que esto sirvió como el enganche; sin embargo, hubo casos de soldados que reclamaban que no recibieron tal compensación.

La guerra también ofreció a ciertos oficiales veteranos la oportunidad de consolidar sus carreras militares, acceder a mayor respetabilidad social, obtener una paga significativa y ganar influencia en la política provincial e interprovincial. Un ejemplo es el de Pedro Alejandrino Zenteno. Según su testimonio, participó en las guerras de independencia,⁵⁰ y al comienzo de la campaña de 1829 ocupaba el rango militar de

⁴⁴ Comunicación del teniente gobernador de Jujuy al gobernador Juan Ignacio Gorriti, Jujuy, 23 de mayo de 1829, mayo de 1829, carp. 4A, caja 82, FG, ABHS.

⁴⁵ Paz, «Reordenando la campaña».

⁴⁶ Esto difiere significativamente de la situación en la campaña bonaerense. Véase Salvatore, «Reclutamiento militar, disciplina y proletarización»; Garavaglia, «Ejército y milicia».

⁴⁷ Comunicación Juan Ignacio Gorriti a José Ignacio Gorriti, Salta, 2 de junio de 1829, junio de 1829, carp. 4, caja 83, FG, ABHS.

⁴⁸ Por ejemplo, documentos del período muestran que un peón en las haciendas ganaba cinco pesos al mes, junto con su ración alimentaria. Comunicación de José Antonio Fermín Cornejo al gobernador José Ignacio Gorriti, 9 de octubre de 1823, febrero de 1823, carp. 2, caja 49, FG, ABHS.

⁴⁹ Presupuesto para los gastos de la División de Salta, junio de 1829, carp. 2, caja 83, FG, ABHS.

⁵⁰ Comunicación de Pedro Alejandrino Zenteno a Juan Ignacio Gorriti, San Carlos, 1 de junio de 1829, junio de 1829, carp. 4, caja 83, FG, ABHS.

sargento mayor.⁵¹ A medida que avanzaba la campaña, ascendió al rango de teniente coronel⁵² y también consolidó su posición como comandante en el departamento de San Carlos, con influencia en departamentos como Santa María, en Catamarca.⁵³

Tabla 4: Sueldos mensuales de la División Auxiliar de Salta

Grado militar	Sueldo mensual (en pesos)
Teniente coronel	160
Capitán	80
Ayudante mayor	55
Teniente	40
Abanderado	36
Alférez primero	35
Sargento primero	16
Cabo	11
Soldado	10

Fuente: Elaboración propia a partir de los ajustes de cuentas llevados a cabo por el comisario de guerra: mayo de 1829, carp. 4A, caja 82, FG, ABHS; Gastos de guerra, 1829, carp. 1, caja 83, FG, Gastos de Guerra, ABHS

Por último, como establecía el Reglamento de Milicias de 1824, la fuerza movilizada gozaba del fuero militar en causas criminales, lo que en determinados contextos podía representar un beneficio al evitar la jurisdicción civil.⁵⁴ En el caso analizado, el juzgamiento de la tropa y la oficialidad quedó en manos de la justicia castrense, que intervino en casos de robo, desertión y motín, aplicando sanciones que no fueron particularmente

⁵¹ Comunicación de Zenteno al gobernador Juan Ignacio Gorriti, San Carlos, 26 de enero de 1829, enero de 1829, carp. 3, caja 80, FG, ABHS.

⁵² Listas de revistas en 1829, cajas 82-85, FG, ABHS.

⁵³ Zenteno comandaba a las fuerzas milicianas de San Carlos que tuvieron su punto de operaciones en Santa María. Esto le permitió entablar alianzas con jefes y vecinos locales. Agosto de 1829, carp. 3, caja 84, FG, ABHS; abril de 1830, carp. 2, caja 88, FG, ABHS.

⁵⁴ Durante el gobierno de Güemes, el fuero militar se utilizó como herramienta central para sostener la movilización popular, extendiéndose ampliamente a las milicias gauchas como incentivo político y social, incluso en tiempos de paz. A partir de 1824, con el Reglamento miliciano, se comenzó a limitar su alcance, las milicias regulares conservaron el fuero en causas civiles y criminales, mientras que las gauchas solo lo mantendrían durante el servicio activo. Posteriormente, se abolió la justicia militar en causas civiles para todos los milicianos, conservándose únicamente para asuntos criminales, evitando así una ruptura con los mandos militares. Ver Mata, «Liderazgos militares y estrategias de poder»; y Gustavo Paz, «Reordenando la campaña».

severas, aunque tampoco indulgentes. Ante denuncias de robo por parte de un escuadrón, se resolvió con el traslado del oficial al mando a otra unidad;⁵⁵ en situaciones de desertión —mayoritariamente protagonizadas por soldados—, la pena consistió en golpes de palos, procurando no causar lesiones graves para reincorporarlos al servicio;⁵⁶ y frente a un motín liderado por oficiales,⁵⁷ se reconoció la legitimidad del reclamo de los subordinados frente a los abusos de su superior.⁵⁸ Por lo tanto, el fuero castrense operó principalmente como un mecanismo de corrección antes que de castigo punitivo. Ofrecía a la tropa ciertos beneficios, como eludir penas más graves, aunque evidenciaba desigualdades respecto del trato hacia la oficialidad, que solía recibir sanciones más leves. Así, su aplicación variaba según la posición jerárquica, funcionando como protección para algunos y como herramienta disciplinaria para otros.

La historiografía sugiere que, en estas situaciones, los reclutas establecían un «pacto» con el poder político para ingresar a la disciplina y la jerarquía militares a cambio de obtener ciertos derechos.⁵⁹ En el caso estudiado, esta relación era de los milicianos con el Estado provincial y el proyecto de la «Unión». De esta forma, tanto oficiales como la tropa obtenían un salario, indumentaria, ración alimentaria, así como otras prerrogativas que incluían el fuero militar, la posibilidad de ascensos y el beneficio de la suspensión del pago de arriendo. Sin embargo, las deserciones tempranas revelan que dicho «pacto» era frágil y que muchos movilizados no internalizaron plenamente ese compromiso. Por lo tanto, puede suponerse que, en algunos casos, el reclutamiento recurrió en la práctica más a mecanismos coercitivos que al consenso, lo que puede limitar la idea de un pacto voluntariamente aceptado por todos.

Armamentos y provisiones para la campaña de 1829

La movilización de tal contingente armado representó una carga fiscal importante para la provincia, específicamente en cuanto al aprovisionamiento de la división. El suministro de armamento planteó un problema en los momentos previos y durante el desarrollo de la campaña. Los registros revelan que inicialmente hubo una dificultad significativa

⁵⁵ El 14 de agosto de 1829, el comandante del escuadrón de San Carlos, Pedro Alejandrino Zenteno, fue investigado por presuntas violaciones a la propiedad de vecinos en Santa María, entre una de ellas la apropiación de veintitrés caballos de Pío Cisneros. A pesar de que los oficiales a su cargo declararon que la confiscación de los caballos se encontraba justificada por la filiación federalista de Cisneros, Zenteno fue trasladado al Cuartel General. Comunicación de Pedro Zenteno a José Ignacio Gorriti, Campamento en el Fuerte, 17 de agosto de 1829, agosto de 1829, carp. 2, caja 84, FG, ABHS.

⁵⁶ Expediente llevado a cabo por los jefes de la División Auxiliar de Salta para juzgar a ocho desertores, Catamarca, 30 de agosto de 1829, agosto de 1829, carp. 3, caja 84, FG, ABHS.

⁵⁷ Exposiciones que hacen los oficiales del mando del teniente Fermín Aguirre para no recibir por jefe al coronel Gregorio Paz, abril de 1830, carp. 2, caja 88, FG, ABHS.

⁵⁸ En este apartado no profundizaremos en los ejemplos, ya que serán abordados con mayor detalle en secciones posteriores del texto.

⁵⁹ Para profundizar en esta idea de un «pacto» entre los combatientes y el Estado, véase Fradkin, «La conspiración de los sargentos»; Rabinovich, *Ser soldado*, 29-34; y Davio, *Morir por la patria*, 105-142.

para reunir una cantidad suficiente de armas de fuego.⁶⁰ Durante la marcha, los documentos que detallan los estados generales de la división indican que, tanto a fines de junio como a principios de agosto, la proporción de armas de fuego (tercerolas y fusiles) en relación con el número de combatientes era de aproximadamente una por cada dos personas.⁶¹ Por ello, la mayor parte de las fuerzas salteñas se organizó en regimientos de lanceros. Sumado a la destreza de las milicias salteñas en habilidades ecuestres y de combate, la lanza se convirtió en el arma preponderante para este tipo de lucha.⁶² Mientras, los fusiles fueron asignados al contingente de infantería, que fueron dotados con sus respectivas bayonetas. En contraste, la tercerola —debido a su diseño más compacto, su facilidad de empleo durante la movilidad a caballo y su adecuación para distancias cortas en el enfrentamiento montado— se convirtió en una elección más eficaz en el contexto de la caballería y en un recurso suplementario al arma principal.

No contamos con ningún registro del Gobierno salteño por una compra importante de nuevos armamentos de fuego, sino solo de reconocimientos oficiales para el reparo de los ya existentes en la provincia.⁶³ Es por eso que se implementó un estricto control sobre las armas disponibles, y se daba una especial importancia a recuperar aquellas que los desertores se llevaban consigo al huir. Ante la falta de recursos, se adoptaron otros mecanismos que cargaron su peso sobre la economía de las comunidades locales y las propias tropas desplegadas. Por ejemplo, frente a la escasez de caballos, fueron los propios gauchos quienes en muchos casos proporcionaron estos animales para la guerra.⁶⁴ En el presupuesto presentado por el Gobierno se estimaba un gasto de 4000 pesos con el fin de comprar 800 caballos a 5 pesos cada uno. La obtención de una cantidad significativa de estos ejemplares presentó desafíos debido a la resistencia de los habitantes locales a venderlos por el precio estipulado por el Gobierno, pues su costo oscilaba entre 8 y 10 pesos.⁶⁵ Además, generalmente la transacción consistía en el pago de

⁶⁰ Informe del ayudante Manuel José Borges sobre la situación del armamento, Salta, 2 de mayo de 1829, mayo de 1829, carp. 4B, caja 82, FG, ABHS.

⁶¹ Estado General de la División Auxiliar de Salta, Catamarca, 6 de agosto de 1829, agosto de 1829, carp. 3, caja 84, FG, ABHS.

⁶² Rabinovich destaca que, al finalizar la guerra de la Independencia, ocurrió una transición en el uso de armas: se pasó de fusiles a bayonetas y de carabinas a sables y lanzas, marcando una preferencia por la caballería sobre la infantería. Esta evolución alcanzó su punto culminante en el conflicto con Brasil, donde los lanceros se consolidaron como la unidad táctica dominante. Véase Alejandro Rabinovich, «El cuerpo, las armas y el combate: Hacia una antropología histórica de la guerra», *Diferencias: Revista de Teoría Social Contemporánea* 1, n.º 6 (2018): 86-110.

⁶³ Planilla que manifiesta el importe de las piezas que se han trabajado y compuestos por orden del gobernador de Salta y q[ue] presenta el maestro director de armería, Salta, 18 de agosto de 1829, carp. 1, caja 83, Gastos de Guerra, FG, ABHS.

⁶⁴ Planilla que manifiesta el importe de las piezas.

⁶⁵ Comunicación de Luis Díaz a Juan Ignacio Gorriti, Cachi, 26 de mayo de 1829, mayo de 1829, carp. 4A, caja 82, FG, ABHS.

un adelanto y se prometía abonar lo restante al finalizar la campaña, lo que generaba una deuda del Estado provincial.⁶⁶

Sin embargo, durante la campaña el problema persistió; según los partes militares, se requería contar con el doble de caballos que disponía la división.⁶⁷ Los informes del general Gorriti dirigidos al gobernador, a fines de julio, indicaban que los caballos se encontraban en un estado casi moribundo.⁶⁸ Frente a ello, algunos oficiales optaron por conseguir ellos mismos esos recursos. En algunos casos, y como fue común en otras experiencias rioplatenses,⁶⁹ las mismas fuerzas establecieron una guerra de recursos.⁷⁰ No solo hubo apropiación de ganado del enemigo, sino también la directa requisita a los pobladores locales catamarqueños. Se emitieron instrucciones para obtener ganado de las propiedades rurales a cambio de un contrato de pago garantizado por la «Nación», pero no se precisaba cómo se efectuarían los pagos, ya que no existía una garantía de una entidad nacional. De esta manera, en muchos casos se trataba de una confiscación directa.⁷¹

Por otra parte, encontramos numerosos testimonios que describen la dura experiencia de los combatientes durante la campaña. Estas dificultades repercutían en cuestiones elementales como la vestimenta y los alimentos. Un testimonio de ello lo brinda el teniente coronel Zenteno:

La desnudes es intolerable en esta región tan dura y asiendo fatigas dobles y en cueros vivo sin tener que comer ni tener a quien pedir sin facultad de poder contratar por las cosas más precisas que la divisa p[rimera] mia sea el orden no tocar lo ajeno y estar falto p un todo conosera esto amigo aunque fueran todos ellos santos, digo a que hai [sic] días q[ue] mi gente no tiene q[ue] comer y se anochecen sin probar un bocado de alimentos ando yo por otra parte cuidando de la subordinacion y q[ue] no falten a sus obligaciones.⁷²

⁶⁶ Informe de la colecturía de las listas remitidas por la Tenencia de Jujuy de los auxilios para la expedición, Jujuy, 9 de septiembre de 1829, mayo de 1829, carp. 4A, caja 82, FG, ABHS.

⁶⁷ José Ignacio Gorriti a Juan Ignacio Gorriti, Cuartel General en Catamarca, 20 de julio de 1829, julio de 1829, carp. 5, caja 83, FG, ABHS.

⁶⁸ José Ignacio Gorriti a Juan Ignacio Gorriti, Cuartel General en Catamarca, 31 julio de 1829, carp. 5, caja 83, FG, ABHS.

⁶⁹ Raúl Fradkin y Silvia Ratto, «Presiones estatales y respuestas sociales: la experiencia del Ejército de Observación sobre Santa Fe, 1815-1820», en *Rebeldes con causa: Conflicto y movilización popular en la Argentina del siglo XIX*, comp. Daniel Santilli et al. (Prometeo, 2014), 81-120.

⁷⁰ Comunicación de Felipe Figueroa a Manuel Córdova, Catamarca, 23 de junio de 1829, junio de 1829, carp. 2, caja 83, FG, ABHS.

⁷¹ Directrices de José Ignacio Gorriti a Pedro Zenteno, Cuartel General en Coneta, 28 julio de 1829, julio de 1829, carp. 5, caja 83, FG, ABHS.

⁷² Comunicación de Pedro Alejandrino Zenteno a Pedro Buitrago, junio de 1829, carp. 2, caja 83, FG, ABHS.

La falta de financiamiento para la vestimenta y el frío del invierno ocasionaron considerables bajas producto de las enfermedades.⁷³ Se repetía constantemente en las comunicaciones entre los jefes y el Gobierno la situación de escasez de uniformes para la tropa, así como de alimentos y otros suministros como tabaco, azúcar y yerba. Desde un principio, el Gobierno salteño no pudo proveer los uniformes para toda la división y solo logró hacerlo para 600 hombres.⁷⁴ Según los informes, a fines de junio había aproximadamente 400 ponchos para casi 800 combatientes.⁷⁵ Un testimonio que ilustra esto es del capitán del 2.º Regimiento de Lanceros, Ángel Solís, quien justificaba su solicitud de licencia no solo por razones personales, sino también por encontrarse sin la ropa adecuada:

Mi venida Ex. Sr. ha sido compelida por dos razones, la primera por mi total desnudez q[ue] no la puedo remediar con los efectos del decreto precitado [...] la segunda por atender a mi madre viuda y con hijas menores y desvalido a quienes con mi oficio las auxiliaba.⁷⁶

Este testimonio también revela la precaria situación económica en que se encontraban algunos combatientes y sus familias durante y al finalizar la campaña militar. Si bien disponían de un sueldo, el cual debía socorrer a las familias, comprobamos que existió una irregularidad en los pagos. De 49 casos de solicitudes de pago de sueldo y socorros a las familias desde agosto de 1829 hasta fines de 1830,⁷⁷ 20 fueron presentadas por mujeres, de las cuales 18 eran las esposas de los soldados. En la mayoría de los casos, los pagos no se efectuaron de forma mensual, sino que se les adelantaba una cantidad mínima de manera muy irregular.

Las deserciones

Las deserciones, tal como han sido analizadas por la historiografía, se consideran un acto de resistencia y una forma de manifestar una postura con respecto a las obligaciones militares. Esta acción se interpretó como una consecuencia del incumplimiento del «pacto» que debía regir la obediencia, incluso reconocido por las normativas vigentes.⁷⁸

⁷³ Comunicación de José Ignacio Gorriti a Juan Ignacio Gorriti, Catamarca, 4 de octubre de 1829, octubre 1829, carp. 1, caja 85, FG, ABHS.

⁷⁴ Comunicación de José Ignacio Gorriti a Juan Ignacio Gorriti.

⁷⁵ Estado General de la División de Salta, Los Sauces, 22 de junio de 1829, junio 1829, carp. 2, caja 83, FG, ABHS.

⁷⁶ Solicitud por el pago de sueldo del capitán del 2.º Regimiento de Lanceros, Ángel Solís, en Salta, 17 de febrero de 1830, mayo de 1829, carp. 4A, caja 82, FG, ABHS.

⁷⁷ Solicitudes por el pago de sueldos.

⁷⁸ Fradkin, «La conspiración de los sargentos»; Rabinovich, «El fenómeno de la deserción»; Davio, *Morir por la Patria*; y Ricardo Salvatore, *Paisanos itinerantes: Orden estatal y experiencia subalterna en Buenos Aires durante la era de Rosas* (Prometeo, 2018), 361-434.

La falta de registros documentales completos dificulta tener una idea precisa del número total de desertores durante toda la campaña militar. Sin embargo, los números que marcan una continuidad temporal más completa son los registros que se encuentran especificados en las tablas 5 y 6, las cuales muestran la cantidad de desertores desde junio hasta el 13 de agosto, y en algunos casos los días de la acción.

Tabla 5: Cantidad de desertores de la División de Salta desde el 1 de junio al 22 de julio

Unidades	Desertores
Escolta del general en jefe	2
1.º Regimiento de Lanceros	57
2.º Regimiento de Lanceros	20
Batallón de Granaderos Unitarios	14
Total	93

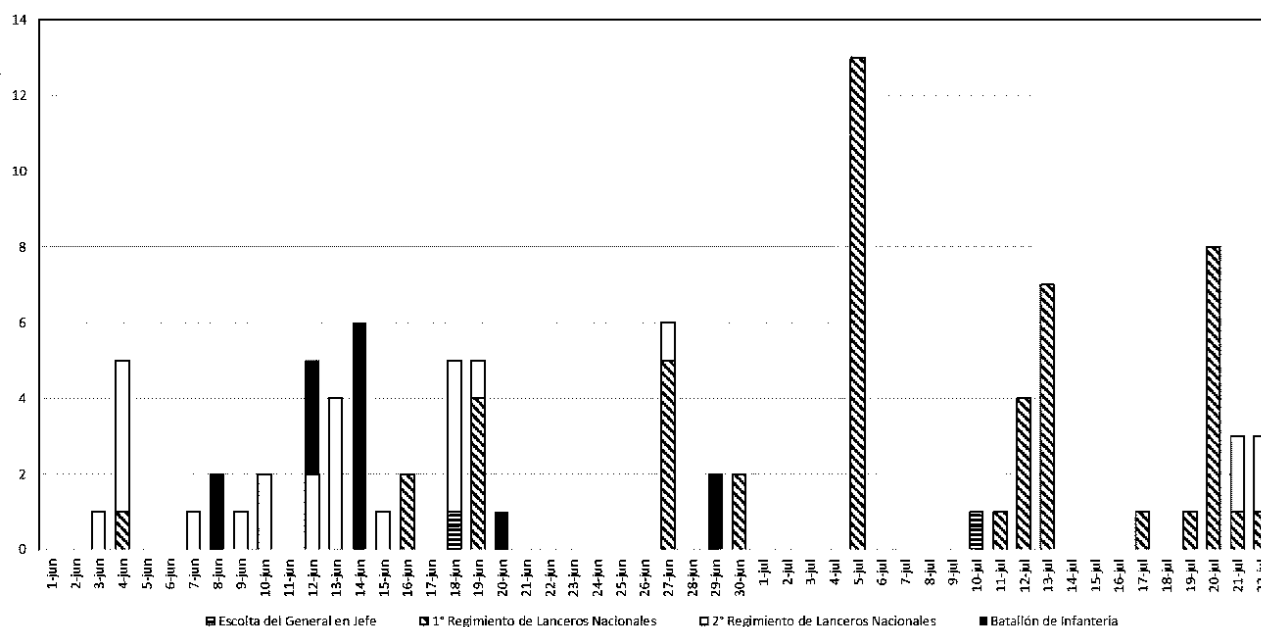
Fuente: Elaboración a partir de las listas de revistas del 22 y 24 de julio de 1829 en el campamento Coneta (Catamarca), 1829, cajas 82-85, FG, ABHS

Tabla 6: Cantidad de desertores de la División de Salta desde el 23 de julio al 13 de agosto

Unidades	Desertores
Escolta del general en jefe	4
1.º Regimiento de Lanceros	16
2.º Regimiento de Lanceros	35
Batallón de Granaderos Unitarios	16
Total	71

Fuente: Elaboración a partir de los listados de miembros de la fuerza de la División de Salta que desertaron del 23 de julio al 13 de agosto de 1830, agosto de 1829, carp. 3, caja 84, FG, ABHS

Gráfico 1: Número de desertores de la División de Salta desde el 1 de junio al 22 de julio



Fuente: Elaboración a partir de las listas de revistas del 23 de julio de 1829, 1829, cajas 82-85, FG, ABHS

Según estos registros, el número de desertores entre esas fechas fue de 164 hombres. Si anteriormente habíamos establecido un número aproximado de más de 1000 hombres que componían las fuerzas de Salta, podemos calcular que el porcentaje de desertores durante esos 2 meses y 13 días fue del 16,4 %. Este porcentaje es revelador y refleja la magnitud de las deserciones que ocurrieron durante inicios de la campaña, cuando todavía no se había presenciado ningún enfrentamiento importante.

El gráfico 1 proporciona información sobre el fenómeno de la deserción durante un período de aproximadamente dos meses. En primer lugar, revela dos aspectos fundamentales: los momentos en que se produjeron los picos de deserción y la forma en que se llevaron a cabo estas deserciones. En cuanto al primero, se observa que sigue un patrón similar a otros casos de la época: las deserciones tienden a ocurrir cerca de áreas pobladas, al comienzo de la marcha o después de una etapa de marcha.⁷⁹ Es importante recordar que gran parte de las tropas no abandonaron la provincia hasta el 15 de junio, y fue recién a fines de ese mes cuando establecieron campamento en Los Sauces, en Catamarca. Como se puede apreciar en el gráfico, muchas de las primeras deserciones ocurrieron antes de partir y el 2.º Regimiento de Lanceros experimentó el número más alto. Este regimiento estaba compuesto en su mayoría por escuadrones de Jujuy, lo que

⁷⁹ Rabinovich, «El fenómeno de la deserción».

significa que, después de unos días de marcha y alejamiento de sus lugares de origen, muchos soldados desertaron cuando llegaron a la ciudad de Salta.

Por otro lado, una vez establecidos en tierras catamarqueñas, cerca de la ciudad, se observa un aumento en las deserciones en los primeros días de hacer campamento, seguido de un período de relativa calma. Sin embargo, a medida que pasaban los días, se producía un nuevo pico el 5 de julio, seguido nuevamente por un patrón de aumento, calma y aumento. Además, se observa que, en la mayoría de los casos, las deserciones se realizaban de manera colectiva en lugar de individual. Aunque la mayoría de los desertores registrados eran soldados, también había cabos y sargentos entre ellos, aunque en menor número.

A medida que avanzaba la campaña, los informes militares reflejaron un aumento en el problema de la deserción. El 27 de agosto, el gobernador de Catamarca comunicó al general Gorriti su preocupación por este fenómeno y anunció medidas para bloquear las salidas hacia Tucumán y Salta con el fin de capturar a los desertores.⁸⁰ La alta tasa de deserciones afectó negativamente la efectividad y la moral de las tropas, lo que preocupaba a Gorriti, quien advirtió que, si la deserción seguía en aumento, podría llevar a la ruina total de la fuerza militar, a pesar de los esfuerzos de vigilancia de los jefes de unidad.⁸¹ El avance del invierno, la falta de vestimenta y víveres, la irregularidad del pago de los sueldos, sumado a los resquemores de la disciplina militar, motivaron el aumento de la deserción.

Los estudios sobre este fenómeno han sostenido generalmente que los desertores atravesaron diferentes recorridos en su fuga. Sin embargo, solo una exigua fracción eran apresados, por lo que la deserción generaba preocupación a las autoridades debido a su impacto en el orden social.⁸² En este caso, las autoridades emitían constantes instrucciones a los comandantes departamentales para mantener una vigilancia en los caminos y en la captura de los fugitivos. Por esto, muchos eran capturados en sus residencias en la provincia. Las penas para estos casos variaban y dependían de las circunstancias de la guerra; por ejemplo, encontramos que, lejos de apresarlos, se los reincorporaba a las tropas para no seguir perdiendo hombres, pero con cien golpes de palo como castigo.⁸³ En otros casos se los enviaba a algún punto de la provincia para realizar trabajos en obras públicas.⁸⁴

La deserción podía también marcar el inicio de un período de crímenes y desencadenar revueltas, motines o insurrecciones militares. Varias comunicaciones militares

⁸⁰ Comunicación de Marcos Gonzales a José Ignacio Gorriti, Catamarca, 27 de agosto de 1829, agosto de 1829, carp. 3, caja 84, FG, ABHS.

⁸¹ Comunicación de Marcos Gonzales a José Ignacio Gorriti, 27 de agosto de 1829.

⁸² Rabinovich, *Ser soldado*, 136-147.

⁸³ Expediente llevado a cabo por los jefes de la División Auxiliar de Salta para juzgar a ocho desertores, Catamarca, 30 de agosto de 1829, agosto 1829, carp. 3, caja 84, FG, ABHS.

⁸⁴ Expediente llevado a cabo a los soldados del cuerpo de infantería José Domingo Alvarado y Mariano López, enero de 1831, carp. 8A, caja 94, FG, ABHS.

señalaban casos en que los desertores se llevaban las armas consigo. Este problema fue creciendo a fines de 1829 y se acrecentó en 1830, cuando comenzaron a aparecer grupos de hombres armados circulando por el sur de la provincia.⁸⁵

Motines, revueltas y rebeliones

Tras la derrota de las fuerzas de Facundo Quiroga frente a las lideradas por José María Paz en la batalla de la Tablada los días 22 y 23 de junio de 1829, el riojano Quiroga se trasladó a su provincia y comenzó a rearmar un ejército desde Los Llanos para la batalla de Oncativo, que se libró el 25 de febrero de 1830. Por otra parte, la ocupación militar impuesta por las fuerzas unitarias en las provincias aumentaba las tensiones con las facciones federales locales, lo que a su vez repercutía en el crecimiento de las tensiones políticas en los territorios del interior. Este escenario fue propicio para que grupos armados circularan por estas vastas regiones, desafiando el orden impuesto por las fuerzas unitarias y desempeñando un papel crucial en su debilitamiento.⁸⁶ En este panorama, la impopularidad de la guerra aumentó producto de la presión derivada de la militarización en la población, en un momento en que se tenía planeada otra campaña militar, siendo que todavía no se había logrado cubrir las deudas de la campaña anterior.⁸⁷

En este contexto se produjo un motín en Santa María, a comienzos de 1830. El motín, encabezado por oficiales y acompañado por la tropa, se realizó en contra del nuevo nombramiento del coronel Gregorio Paz como comandante de la División del Poniente. Esta división había sido organizada por el Gobierno de Catamarca a mediados de 1829 y agrupaba a varios regimientos catamarqueños y tucumanos al mando del coronel Paz, con base en Andalgalá y operaciones hacia Tinogasta, La Rioja y los Valles Calchaquies.⁸⁸ En ese momento, se articuló con los escuadrones de San Carlos de la División de Salta, y su actuación en zonas de alta conflictividad, como Los Llanos Riojanos, la colocaban en el centro de la guerra. No se cuenta con registros que informen del momento en que el coronel Paz dejó de comandar la división, pero la pronta decisión de que volviera al mando enfrentó una importante resistencia. Las acusaciones de maltrato de Paz a subordinados y civiles, así como su cuestionada idoneidad, alimentaron un

⁸⁵ Comunicación de Juan Plaza a Juan Ignacio Gorriti, San Carlos, 11 de diciembre de 1829, diciembre de 1829, carp. 4, caja 85, FG, ABHS.

⁸⁶ Pronunciamiento de las autoridades de La Rioja, 5 de junio de 1830, sobre las acciones de Facundo Quiroga y Benito Villafañe, junio de 1830, carp. 2, FG, ABHS.

⁸⁷ Comunicación de Pedro Alejandrino Zenteno a Juan Ignacio Gorriti, San Carlos, 15 de febrero de 1830, febrero de 1830, carp. 2, caja 87, FG, ABHS.

⁸⁸ Comunicación de Marcos José Gonzales a José Ignacio Gorriti, Catamarca, 9 de agosto de 1829, agosto de 1829, carp. 3, caja 84, FG, ABHS.

profundo rechazo entre la oficialidad, que justificaban las frecuentes deserciones y tensiones internas por esos motivos.⁸⁹

Este episodio revela el agotamiento ante la guerra y la ruptura del acuerdo que sustentaba la obediencia. Es por ello que sus principales voceros no veían el acto como una insubordinación, sino como una acción legítima al derecho a la protesta.⁹⁰ Esto, por ejemplo, fue destacado por Fermín Aguirre en una comunicación directa con Gregorio Paz, donde señaló que los oficiales tenían el derecho de expresar sus objeciones ante la designación de un líder.

[...] estando reunidos no le querían por motivos justos que expondrían a su Ex. el Señor General del Ejército Unido, y gobernador de la provincia sin que por esto entiendan las autoridades fuese un principio de insubordinación a ellas, pues se creen tener un derecho para reclamar y ser oídos con lo que los mande retirar y que tratasen de imponer a la tropa un perpetuo silencio sobre esto, y ellos de consiguiente [...].⁹¹

Los oficiales que encabezaron el motín se atribuían la representación de la tropa, lo que indicaba que no estaban socavando por completo las estructuras jerárquicas, pero sí estaban cuestionando parte de ellas. El motín no fue percibido por sus protagonistas como una ruptura del orden militar, sino como una forma legítima de expresar un desacuerdo dentro de los márgenes que ellos consideraban aceptables. Este tipo de acción puede leerse en clave de protesta, en la medida en que no impugna al orden estatal en su conjunto, sino a un tipo específico de liderazgo percibido como ilegítimo. Finalmente, el coronel terminó separado del mando y sustituido, aunque se resistió a cumplir las órdenes y huyó con una pequeña fuerza.⁹²

Este hecho, sin embargo, no se compara con los dos movimientos armados que impactaron aún más en la estabilidad política y social del Gobierno unitario salteño. A continuación, se abordarán brevemente estos levantamientos, sin profundizar en ellos, ya que su análisis requeriría un espacio que excede el propósito de este trabajo.

A fines de enero de 1830, los informes militares de Santa María revelaron un levantamiento liderado por tropas que se habían movilizado desde San Carlos hacia Tolombón y Santa María. Este movimiento estaba compuesto por desertores y milicianos

⁸⁹ Exposiciones que hacen los oficiales del mando del teniente Fermín Aguirre para no recibir por jefe al coronel Gregorio Paz, abril de 1830, carp. 2, caja 88, FG, ABHS.

⁹⁰ El término es utilizado por Salvatore para el espacio bonaerense señalando que las guarniciones militares lejos de ser lugares de disciplinamiento se convirtieron en sitios de negociación y protestas. Véase Salvatore, *Paisanos itinerantes*, 325.

⁹¹ Comunicación de Fermín Aguirre a Gregorio Paz, Santa María, 12 de marzo de 1830, abril de 1830, carp. 2, caja 88, FG, ABHS.

⁹² Exposiciones que hacen los oficiales del mando del Teniente Fermín Aguirre para no recibir por jefe al Coronel Gregorio Paz, abril de 1830, carp. 2, caja 88, FG, ABHS.

locales del Valle Calchaquí, dirigidos por un capitán que había integrado el ejército unitario y un sargento. La fuerza, que creció hasta alcanzar los doscientos hombres, fue catalogada como una montonera. Aunque el levantamiento fue casi desmantelado en abril y finalmente derrotado por completo en junio del mismo año, lo notable fue la revelación de las conexiones de los rebeldes con fuerzas federales de La Rioja y el respaldo de un influyente hacendado local, Fernando Aramburu.⁹³

La lectura de este episodio muestra una organización armada compleja compuesta por hombres del Valle Calchaquí, que abarcaba el reclutamiento por las provincias de Salta, Tucumán y Catamarca. Contrariamente a la percepción de ser un grupo sin estructura, estaba profundamente organizado, con una jerarquía que se derivaba de experiencias en organizaciones militares y milicianas. Por ejemplo, el movimiento buscó mantener rangos internos asignando los cargos a líderes con experiencias militares previas y, en algunos casos, fueron nombrados por la misma tropa.⁹⁴

Las razones para unirse variaron desde motivaciones materiales inmediatas (dinero, ropa, animales) hasta las duras condiciones impuestas por la guerra (falta de pago, abusos, hambruna), que pudieron llevar a los rebeldes a buscar en otros proyectos políticos una vía para alcanzar sus intereses sociales y políticos. Los testimonios dan cuenta de la existencia de una planificación para articularse con focos federales en Belén y en La Rioja, vinculados a Facundo Quiroga. El hecho de que estas acciones se produjeran mientras Quiroga organizaba sus tropas para invadir nuevamente Córdoba sugiere que, para muchos combatientes, el federalismo pudo haber representado una alternativa viable para lograr sus aspiraciones. En este contexto, no resultan sorprendentes las acusaciones dirigidas contra el gobernador federal de Santiago del Estero, Felipe Ibarra, de proteger y alentar la desertión de fuerzas unitarias hacia fines de 1829.⁹⁵

Por último, evidenciamos un segundo levantamiento unos meses después y en el mismo año, pero ahora en la Frontera del Rosario, liderado por Pablo de la Torre. En esta zona se había consolidado una fuerte oposición federal. El movimiento rebelde creció rápidamente con ambiciones de sumar personas de los departamentos vecinos.⁹⁶ Según la documentación, el número llegaba a trescientos hombres. La exigencia de los rebeldes consistía en que se nombrase a De la Torre como comandante general de La Frontera.⁹⁷ Tras algunas derrotas a fines de 1830, las tropas rebeldes se dispersaron. De la Torre se trasladó con casi cien hombres para unirse a las tropas santiagueñas de Ibarra, las cuales terminaron combinándose con las de Santa Fe, lideradas por Estanislao

⁹³ Enero de 1830, carp. 3, caja 86, FG, ABHS; Causa criminal contra Don Fernando Aramburu por causas políticas, febrero de 1830, carp. 2, caja 87, FG, ABHS; agosto de 1830, carp. 1, caja 90, FG, ABHS.

⁹⁴ Agosto de 1830, carp. 1, caja 90, FG, ABHS.

⁹⁵ Correspondencia de Paz a Ibarra (1811-1830), citado por Ana Inés Ferreyra, *Un intento de organización desde el interior del país: José María Paz en Córdoba, 1829-1831* (Centro de Estudios Históricos Prof. Carlos S. A. Segreti, 2005), 166.

⁹⁶ Informes y notas del gobierno, f. 180-182, octubre 1830, carp. 4, caja 90, FG, ABHS.

⁹⁷ Informes y notas del gobierno, f. 214-215.

López. A fines de 1831 regresaron con el ejército de Quiroga a Salta, destituyeron al gobernador y De la Torre fue nombrado en el cargo.

Reflexiones finales

En marzo de 1831, las fuerzas de Quiroga, con el apoyo de los gobernadores Rosas y López, lograron consolidar su dominio sobre las provincias cuyanas y Córdoba al capturar al general Paz. Aunque las tropas unitarias continuaron resistiendo bajo el liderazgo de Lamadrid, la guerra entre unitarios y federales, iniciada en 1828, concluyó con la victoria de Quiroga en la batalla de la Ciudadela, en Tucumán, el 4 de noviembre de 1831. Como resultado, el gobernador de Salta, Rudecindo Alvarado, presentó su renuncia. Salta fue sometida a una indemnización que incluyó pagos monetarios, recursos como ganado y caballos, y beneficios comerciales otorgados a provincias aliadas como Santiago del Estero y Catamarca. Paralelamente, se designó como gobernador al federal Pablo de la Torre. En tanto, los líderes unitarios más prominentes, como los hermanos Gorriti, Facundo Zuviría, Teodoro Sánchez de Bustamante y Gregorio Aráoz de Lamadrid, emigraron a Bolivia.⁹⁸ Este contexto marcó un cambio radical en el panorama político de la provincia, con la consolidación del federalismo tras casi una década de dominio unitario. Mientras Quiroga reafirmaba su control sobre el Norte, López y Rosas consolidaron su poder en el Litoral y Córdoba.

El conflicto dejó al descubierto las debilidades estructurales del Estado y del Gobierno unitario salteño. A pesar de movilizar más de mil hombres para la campaña de 1829 —una cifra notable, aunque lejana a los seis mil combatientes que había comandado Güemes durante la guerra de Independencia—, la guerra fuera del territorio provincial representó un desafío de gran importancia. Las dificultades económicas, sociales y políticas heredadas de la etapa revolucionaria se agudizaron por las deudas acumuladas y el lento restablecimiento del comercio, que pusieron en evidencia la fragilidad de un Estado provincial incipiente. La falta de recursos afectó a la provisión de alimentos, uniformes, caballos y salarios para las tropas, lo que generó descontento y tensiones significativas entre los soldados y las comunidades locales. Este contexto de precariedad no solo complicó la organización militar, sino que también propició desertiones, insubordinaciones y motines que socavaron el proyecto político unitario. Los milicianos, reclutados mediante estructuras de poder local, se resistían a abandonar sus residencias y privilegios que mantenían por los acuerdos tradicionales que definían sus objetivos defensivos. Esto dificultó la centralización del mando y el control efectivo sobre las tropas.

Las conclusiones de este trabajo coinciden con Miguel Ángel Centeno sobre los efectos ambivalentes de la guerra en los procesos de estatalidad: allí donde no existía

⁹⁸ Marchionni, *Política y sociedad en Salta y el norte argentino*.

una estructura estatal previa suficientemente consolidada, los conflictos armados tendieron a obstaculizar, más que a promover, su desarrollo. La guerra, lejos de contribuir a la consolidación del Estado provincial, interrumpió y debilitó los esfuerzos de centralización y estabilización institucional que la dirigencia salteña venía desarrollando. Las tensiones internas, el peso creciente de las Fuerzas Armadas en la dinámica política y la dificultad de ejercer un control efectivo sobre el territorio terminaron fragmentando aún más el poder provincial.

Esta fragmentación también se explica por la persistencia de prácticas del Antiguo Régimen en el funcionamiento de las milicias. En ellas, más allá de los intentos de centralización y profesionalización, seguían predominando lógicas tradicionales como la elección de líderes por parte de la tropa, la afirmación de derechos corporativos —como la negativa a combatir fuera del propio territorio— y la concepción del servicio como un contrato de obligaciones recíprocas.

La campaña de 1829 y sus secuelas evidenciaron cómo la falta de apoyo estatal en términos económicos y logísticos afectó directamente a la disciplina militar. Los malos tratos, los castigos injustificados y los abusos colocaban a los oficiales y soldados en una posición en la que se veían obligados a considerar sus deberes y derechos como defensores de la «República», la «Unión» o la «Nación». En este contexto, la desertión, la insubordinación y los amotinamientos no deben entenderse únicamente como manifestaciones de indisciplina en el seno del cuerpo militar, sino como formas de resistencia de algunos combatientes frente al incumplimiento de la dirigencia política provincial, junto al proyecto político de unidad que respaldaban. Incumplido el pacto establecido, que incluía el pago de salarios, el respeto de los plazos de servicio o la provisión de uniformes y raciones, entre otros aspectos, dejaba abierto a respuestas de acción para concretar otro tipo de alianzas. Sin embargo, las desertiones tempranas muestran también que ese pacto con el Estado no era sólido, por lo que se puede pensar que el reclutamiento recurrió también a mecanismos coercitivos.

La presión de la militarización condujo a una notable inestabilidad durante este período, que aumentó en 1830, cuando hombres armados disconformes se convirtieron en partidas sueltas de ladrones y, en otros casos, se unieron a las fuerzas enemigas. Por otra parte, este descontento por el reclutamiento para una movilización permanente fue aprovechada por líderes federales como Pablo de la Torre. Por ejemplo, a fines de 1830 se lo acusaba de difundir el rumor de que los reclutas serían vendidos al general Paz, fomentando así la desertión.⁹⁹

Los levantamientos milicianos de 1830 y 1831 deben entenderse como una respuesta a las presiones derivadas de la movilización para la guerra y el impacto económico que ocasionó. La impopularidad de la guerra, sumada al problema del pago de

⁹⁹ Expediente judicial sobre Alejandro Gallardo, 27 noviembre de 1830, f. 27, enero de 1830, carp. 3, caja 86, FG, ABHS.

arriendos, como ha señalado Sara Mata,¹⁰⁰ constituyeron factores clave en el triunfo del federalismo en Salta. Aunque las alianzas interprovinciales fueron decisivas, el desgaste social y económico generado por la guerra abrió un espacio para que el federalismo salteño equilibrara las disputas políticas en su favor. En este sentido, se confirma que la politización de las fuerzas de guerra fue un fenómeno central en la dinámica política provincial de la época. Ante la creciente militarización del escenario, las milicias se transformaron en canales de expresión de demandas políticas, económicas y sociales, de manera que profundizaron procesos de movilización y politización de los sectores armados subalternos, en una clave que —aunque con particularidades locales— refuerza las interpretaciones planteadas por la historiografía sobre los sectores populares.

Es fundamental continuar profundizando en el estudio de la actuación de las milicias durante los levantamientos de 1830 y 1831, a fin de analizar con mayor detenimiento las motivaciones que subyacían en las dinámicas de poder y las interacciones entre los diversos grupos en disputa. Al mismo tiempo, resulta evidente que el federalismo no estuvo exento de desafíos, especialmente en lo que respecta a disciplinar a las milicias y centralizar el poder en un contexto transformado por el Pacto Federal de 1831 y la consolidación de la hegemonía de Rosas en la Confederación Argentina. Este panorama abre interrogantes sobre las estrategias empleadas por los líderes federales para manejar las tensiones internas y limitar la autonomía de las milicias, en su esfuerzo por construir una unidad estatal capaz de articular un mando cohesionado. La tarea de constituir una fuerza militar disciplinada y profesionalizada resultaba esencial en un contexto histórico definido por la persistencia de la guerra, en el que la capacidad para responder a las demandas defensivas y políticas representaba un factor determinante para la estabilidad y el control del territorio provincial.

Declaración de divulgación

El autor no declara ningún conflicto de intereses potencial.

Financiación

El autor no ha recibido apoyo financiero para la investigación, la autoría o la publicación de este artículo.

¹⁰⁰ Mata, «Milicias y montonera».